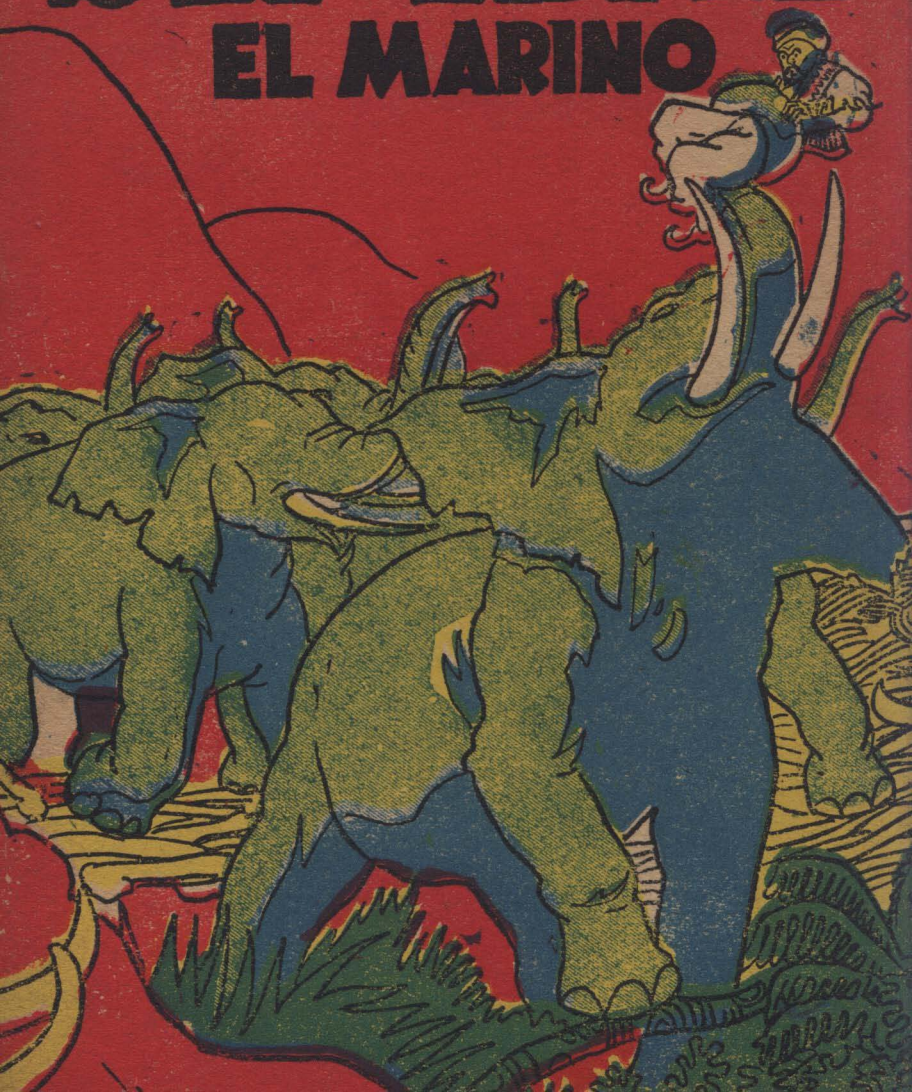


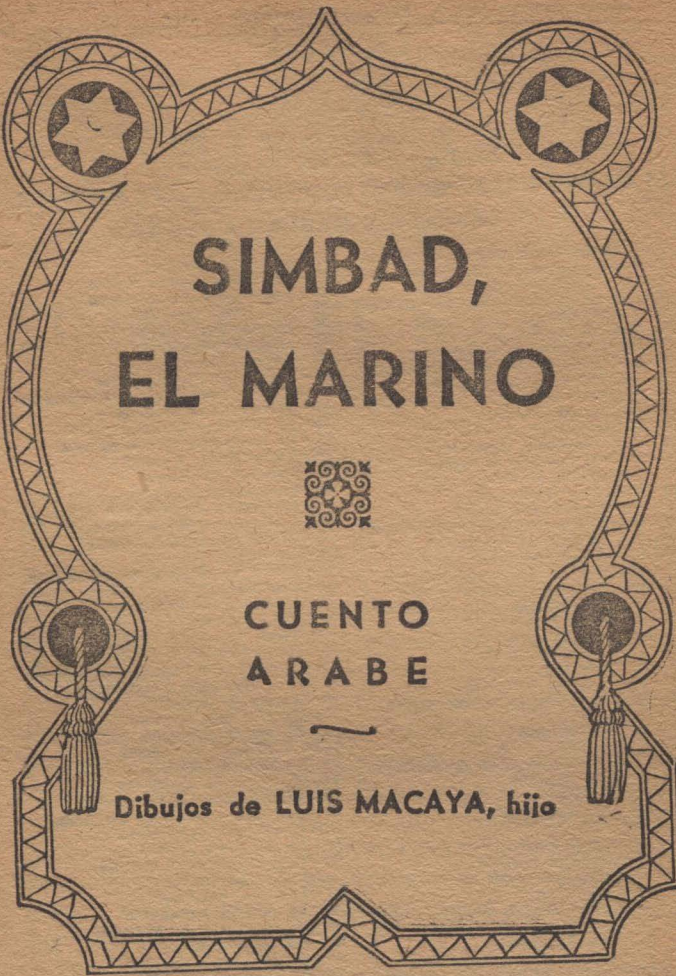
SIMBAD

EL MARINO





00163322



SIMBAD, EL MARINO



CUENTO
ARABE

Dibujos de LUIS MACAYA, hijo

EDITORIAL TOR

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Rfo de Janeiro 760

— Buenos Aires



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA
HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|---|--------------------------------------|
| 1 - Pinocho en el teatro de titeres | 46 - La bella Dorigen |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 47 - Las salamandras azules |
| 3 - Los principes encantados | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 49 - Las tres hermanas |
| 5 - Juanfuerte | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 6 - Piel de asno | 51 - El niño raptado |
| 7 - La princesa y el erizo | 52 - Barba Azul |
| 8 - Ali Baba y los 40 ladrones | 53 - Tanino el hormiguero |
| 9 - La inocente mensajera | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 10 - Pinocho en campo de milagros | 55 - El tejedor de Segovia |
| 11 - El pájaro verde | 56 - El príncipe Cododac |
| 12 - Pulgarcito | 57 - La amiguita de los pájaros |
| 13 - Los maestros cantores | 58 - La señorita Scuderi |
| 14 - El rey del río de Oro | 59 - Fábulas de Esopo |
| 15 - Caperucita Roja | 60 - Constanza |
| 16 - Las tres princesas | 61 - Nicolás y Nicolás |
| 17 - El triunfo del zorro | 62 - Los rosales de la reina |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 63 - El enfermero del Chacho |
| 19 - La princesa pizarra | 64 - Grisélidis |
| 20 - Simbad el marino | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 21 - Canción de Navidad | 66 - Aladino |
| 22 - Un viaje maravilloso | 67 - Genoveva de Brabante |
| 23 - El niño que se volvió noriega | 68 - La Sirenita |
| 24 - El enano Zacarías | 69 - Peter Pan |
| 25 - Pinocho en gruta del monstruo | 70 - El patito feo |
| 26 - El legado del moro | 71 - Hombre que vendió su sombra |
| 27 - El gato con botas | 72 - Los tres pelos del diablo |
| 28 - El hada de Granville | 73 - Hansel y Gretel |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 74 - La flor del pantano |
| 30 - Menique | 75 - El buque fantasma |
| 31 - El rey Cuervo | 76 - La cámara del tesoro |
| 32 - Almendrita | 77 - La desobediencia |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 78 - El tarro de aceitunas |
| 34 - El niño perdido | 79 - El mensajero de la corona |
| 35 - Robin Hood | 80 - La camisa del hombre feliz |
| 36 - La isla encantada | 81 - La verdad sospechosa |
| 37 - Pif Paf | 82 - La graciosa Emelia |
| 38 - La carga liviana | 83 - El muchacho afortunado |
| 39 - La alfombra mágica | 84 - La novia elegida |
| 40 - El pájaro que reía | 85 - Las dos estatuas |
| 41 - La Cenicienta | 86 - La botella encantada |
| 42 - Aventuras del rey Beder | 87 - El mercader de Venecia |
| 43 - El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 88 - La obligación |
| 44 - Pinocho en el fondo del mar | 89 - El favorito ingenioso |
| 45 - Gulliver en el país de enanos | 90 - Los dos ruitesores |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



SIMBAD, EL MARINO

I

El náufrago



la muerte de mi padre — dijo Simbad—, me vi dueño de una gran fortuna. Con la inexperiencia propia de mis pocos años, dilapidé buena parte de los bienes. Comprendiendo que, de seguir aquel tren de vida, me aguardaba una vejez llena de miserias y dolores, resolví emplear mejor el tiempo que me quedaba, dedicándome al comercio marítimo. Reuní mi capital disperso, compré las mercaderías que consideré más adecuadas para el negocio que iba a emprender, contraté a unos servidores competentes y me embarqué con ellos a Balsora a bordo de un barco que iba a salir rumbo a las Indias Orientales.

Después de unos días de navegación, descubrimos una especie de islote. Aburridos de la vida monótona que llevábamos, varios pasajeros decidi-

mos desembarcar para pasar unas horas en aquel lugar. Llevamos provisiones y leña para prepararnos un buen almuerzo.

Apenas encendimos fuego, el islote se conmovió y en pocos segundos desapareció de la superficie del mar, quedando todos nosotros a merced de las olas.

El capitán de la nave, al ver lo que ocurría, mandó una embarcación en nuestra ayuda, pero no pudo recogerlos a todos. Yo me así con fuerza a uno de los leños que habíamos traído para la lumbre y me dirigí, nadando, hacia el barco; pero en aquel momento se levantó una fuerte brisa que, presionando sobre las velas, hizo que el navío se alejara. Quedé, pues, flotando sobre las aguas, sin más ayuda que el leño al que estaba asido.

Así pasé un día y una noche, y ya me daba por perdido, cuando, arrastrado por la corriente y la marea, me encontré sobre la playa de una isla.

Me senté bajo un árbol y al poco rato vi salir de una cueva a varios hombres que me preguntaron quién era. Les conté lo que me había sucedido, y por su parte, me dijeron que eran los caballerizos del rey Mirahjio, soberano del archipiélago, y que todos los años en aquella época traían allí las yeguas del monarca.

Cuando emprendieron el regreso, me llevaron con ellos y me presentaron al rey, quien, al enterarse de mi historia, me agasajó y ordenó que se me proveyera de todo lo necesario.

II

Un feliz encuentro

Un día que paseaba por el puerto me acerqué a examinar unos fardos que estaban descargando y grande fué mi asombro al ver estampado en uno de ellos mi nombre y mi marca de comercio.

Me apersoné al capitán, a quien reconocí, por ser el del buque en el cual había emprendido mi primer viaje, y le pregunté de quién era aquella carga.

—Es —me contestó— de un mercader llamado Simbad el cual murió ahogado un día en que con otros pasajeros bajó a un islote que resultó no ser tal, sino una monstruosa ballena, que en cuanto



Me consideró un impostor.

sintió el calor del fuego que encendieron sobre su lomo, se sumergió.

Habiéndole dicho que ese Simbad al que él creía muerto era yo, me consideró un impostor y empezó a injuriarme. Felizmente, algunos tripulantes y pasajeros me reconocieron, y el bueno del capitán, confundido, me pidió perdón y me hizo entrega de la carga que me pertenecía.

Saqué de los fardos algunas de las más preciosas mercaderías y se las obsequié al rey, el cual, por su parte, me retribuyó con otros regalos.

Vendí todo lo demás a muy buen precio; compré artículos del país, y cuando el barco estuvo con el cargamento completo, me dirigí con él de regreso a Balsora, donde, con la venta de lo que traía, junté un capital de más de cien mil cequíes.

Entonces me di una vida regalada, sin dejar, por ello de favorecer a los mercaderes que en buena cantidad frecuentaban mi casa.

III

El ave gigantesca

Cansado de la vida fácil y cómoda que llevaba, decidí emprender un segundo viaje.

Me asocié con otros mercaderes, compré diversos artículos y nos embarcamos todos en un buque fletado por nuestra cuenta.

Un día recalamos en una isla llena de árboles pero desierta. En tanto el navío completaba su aguada, algunos pasajeros bajamos a tierra. Después de dar un paseo admirando la frondosidad de aquellos vergeles, me senté al pie de un árbol, preparé una excelente comida y luego de hacerle los debidos



El ave se remontó, llevándome consigo.

honores, me quedé profundamente dormido. No sé cuánto duró mi sueño. Lo que sé es que cuando desperté y dirigí la vista hacia donde había dejado el barco, vi con estupor que éste había desaparecido. Ninguno de los pasajeros que habían bajado conmigo a tierra estaba tampoco en la isla.

Después de gemir y desesperarme, me subí a la copa de un árbol desde la cual divisé a lo lejos una enorme mole blanca que emergía de una verde pradera. Hacia ella me dirigí, y, cuando me encontraba examinándola, se nubló el sol, y al levantar la vista vi sobre mi cabeza un enorme pájaro que vino a posarse sobre aquella masa, cubriéndola con sus alas. No tardé en comprender que aquella mole que parecía de mármol blanco bruñido y que tendría unos cincuenta pasos de circunferencia era un huevo del ave gigantesca, que posiblemente debía de ser un roc. Entonces pensé que podría utilizar al roc para salir de la isla. Y como una de sus patas, tan gruesas como el tronco de un árbol, estaba delante mío, deshice mi turbante y con el género de éste y mi pañuelo, me até lo mejor que pude a la pata del roc con la esperanza de que cuando levantara el vuelo me llevara consigo. El ave se remontó llevándome consigo, dió unas cuantas vueltas en el aire, y, después de volar un tiempo, se dejó caer casi a plomo en tierra. Inmediatamente desaté el lazo con que estaba sujeto a su garrá, y pude presenciar una fantástica pelea: la del roc con una enorme serpiente, a la que el ave consiguió aprisionar con su pico, reanudando el vuelo con ella.

IV

El valle de los diamantes

Mirando a mi alrededor, vi que estaba en un valle muy profundo, rodeado de rocas inaccesibles. Me consideré perdido.

Después de comer algunas de las provisiones que me quedaban, recuperé el ánimo y me puse a recorrer el valle con el propósito de buscar alguna salida. Al poco rato me di cuenta que estaba caminando sobre diamantes.

Estaba caminando sobre diamantes.



Empecé a juntar diamantes y llenar con ellos mi bolsa de provisiones; luego me fui cubriendo el cuerpo con pedazos de carne, empleando los medios de que disponía para sujetarlos bien, y en seguida me tiré al suelo. No tardó en acudir un águila que me transportó junto con la carne.

Cada mercader tenía su nido. Aquel al cual pertenecía el del águila que me llevó en sus garras, acudió y al verme a mí se enfureció creyendo que me le había anticipado para robarle los diamantes.

—Cálmese, buen hombre —le dije—. No tengo necesidad de quedarme con los pocos diamantes adheridos a la carne. Aquí tengo muchos más.

Y le mostré la bolsa repleta, obsequiándole con unos cuantos.

A los gritos que había dado, acudieron los otros mercaderes, a todos los cuales conté lo que me había sucedido. No tardaron en simpatizar conmigo, y cuando por la noche se retiraron me llevaron consigo a su campamento.

Días después nos embarcamos todos y recorrimos los puertos de varias islas. Luego de traficar en ellos realizando cuantiosos beneficios, regresamos a Balsora. Como era poseedor de una fortuna mucho mayor que la que tenía al terminar el primer viaje, me trasladé a Bagdad, donde por largo tiempo, descansé de mis fatigas, gozando de toda clase de placeres y comodidades.

V

La isla de los gigantes

No tardé en emprender mi tercer viaje. Trasladé a Balsora las mereaderías que debía comerciar y

*Me transportó junto con la
carne.*



me embarqué con otros mercaderes de mi confianza.

Un día nos sorprendió una tempestad tan terrible, que perdimos el derrotero y fuimos a dar a una isla que estaba habitada por unos enanos salvajes cubiertos de vellos, como si fuesen monos.

Después de hacernos desembarcar en otra isla, nos dejaron allí, y se llevaron el barco con todo su rico cargamento.

A lo lejos vimos un gran edificio y nos dirigimos a él. Era un palacio cuyas puertas de ébano estaban entreabiertas. Nos internamos en un gran patio. No encontrando a nadie, pasamos a una amplia habitación y nos quedamos helados de espanto: estaba cubierta de calaveras, esqueletos y huesos humanos desparramados. De pronto una puerta se abrió con estrépito y apareció un negro monstruoso, alto como una palmera y con un solo ojo en mi-

tad de la frente. Sus dientes eran tan largos y puntiagudos como los de un jabalí, y su labio inferior estaba tan caído, que le cubría la barba y le llegaba al pecho. Sus orejas, grandes y apantalladas como las de los elefantes, le caían sobre los hombros, y las uñas de sus dedos eran como las de un ave de rapaña.

Mudos de espanto, no nos atrevíamos a hacer el menor movimiento.

Después de examinarnos, como para elegir al mejor, el negro agarró al capitán, que era el más gordo, y lo devoró. Bebió una gran jarra colmada de vino, se echó a lo largo de la puerta, y se quedó dormido.

Pasamos aquella noche como se pueden imaginar. No nos atrevimos a despegar los labios ni a hacer el menor movimiento.

Al amanecer, el gigante se levantó y se fué, dejándonos encerrados.

A la caída de la tarde, regresó el negro, encendió otra hoguera y sacrificó al más gordo de nosotros. En seguida tomó otra jarra de vino, se tendió en el suelo y se quedó dormido. Entonces nos armamos de un asador, lo enrojecimos al fuego y se lo clavamos en el ojo. El monstruo dió un alarido, pegó un salto y extendió los brazos para agarrarnos, pero, como lo habíamos dejado ciego, nos fué fácil ponernos lejos de su alcance.

Llegamos a la playa, donde vimos muchos troncos arrojados por el mar. Construimos balsas y nos pusimos en ellas, y cuando dábamos gracias a Dios por habernos librado del negro antropófago, lo vimos venir acompañado de otros gigantes que lo sostenían. Redoblamos nuestros esfuerzos para alejarnos de la orilla. Cuando los monstruos nos di-



—Cálmese, buen hombre...

visaron, agarraron unas enormes piedras y se lanzaron al mar dispuestos a perseguirnos; pero, viendo que no podían alcanzarnos, nos tiraron las piedras con tan buena puntería, que deshicieron nuestras balsas, con excepción de la mía, que era la primera que había sido botada al agua y, por lo mismo, la que se hallaba más lejos. Los demás murieron todos, unos aplastados por las piedras y otros ahogados.

Me acompañaban otros dos mercaderes con los que pasé un día y una noche en alta mar a merced de las olas.

VI

Perseguidos por una serpiente

Al día siguiente pudimos desembarcar en una isla donde encontramos exquisitas frutas con las que reparamos nuestras fuerzas. Como nos hallábamos rendidos, nos quedamos profundamente dormidos a la orilla del mar. Pero el sueño se vió interrumpido con los gritos lanzados por uno de mis compañeros. Nuestros sentidos percibieron de inmediato un olor fétido y un ruido espantoso que hacía una serpiente monstruosa que había apresado a aquel desdichado y lo tenía prendido en sus colmillos.

Apenas repuestos del pavor que nos causaba el horrible espectáculo, tanto mi compañero como yo hicimos esfuerzos para librar a la víctima, pero no lo conseguimos, y tuvimos que ver cómo la serpiente lo engullía después de haberlo sacudido contra el suelo varias veces y machacado los huesos con las mandíbulas.

Alejándonos de allí con el corazón destrozado, resolvimos pasar la noche del siguiente día en un árbol alto y corpulento, no muy lejos del lugar de la tragedia. Apenas habíamos empezado a conciliar el sueño cuando oímos el silbido de la serpiente. Había olfateado nuestros cuerpos y venía en busca de una nueva presa. Cuando llegó donde nos encontrábamos, se paró sobre su cola, introdujo su cabeza entre las ramas y ascendió por el árbol enroscándose en el tronco. Mi compañero, que se había ubicado algo más rápido que yo, quiso trepar hasta donde yo estaba, pero no alcanzó a evitar que la serpiente lo agarrara por un pie, se lo lle-

vara en tierra e hiciera con él lo mismo que el día anterior había hecho con el otro.

VII

El buque salvador

Cuando iba a cumplir mi resolución de entregarme a las olas, divisé, no muy lejos de la costa, un navío. Inmediatamente renació en mí la esperanza. Empecé a gritar y a hacer señales con el turbante. El capitán, que me vió, mandó que una lancha me recogiera.

Llevado a bordo, conté las aventuras de las que había sido principal actor. Todos me trataron muy bien, y el capitán, al ver el mal estado de mis vestidos, me regaló uno de los suyos.

Tras varios días de navegación, llegamos a la



Después de hacernos desembarcar en otra isla.



Yo creía que iba aplastarme con sus patas



o a atravesarme con sus colmillos..

isla de Saláhat. El capitán me llamó aparte y me dijo:

—Ya que no tienes en qué ocuparte, te entregaré varios fardos que traigo y que por cierto no son míos, para que vendas la mercadería que contienen. Con la comisión que te pagaré, podrás hacerte de algún dinero.

Acepté gustoso y le di las gracias. Al entregarme los fardos, el encargado de la contabilidad preguntó al capitán a nombre de quién debía anotarlos, y el capitán le contestó que a nombre de Simbad el marino. Como yo no había dado mi nombre, me sorprendí al oírme mencionar, miré detenidamente al capitán y encarándome con él, le dije:

—¿Decís que se llama Simbad el dueño de estos fardos?

—Sí —me contestó—. Así se llamaba, y era de Bagdad. Se embarcó en mi buque y un día que atracamos en una isla bajó a tierra con otros mercaderes y no regresó. Como desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas, me imagino que habrá muerto.

—Pues estáis en un error al creerlo muerto —le repliqué—. Abrid los ojos, miradme bien y decid si aquel Simbad que creéis perecido no es este mismo que tenéis delante.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó, dándome un estrecho abrazo—. Aquí tenéis toda vuestra mercadería intacta. Disponed de ella como mejor os plazca.

Después de expresar mi gratitud por su comportamiento y honradez, cargué los fardos y cambié su contenido por productos del país, con lo que realicé un magnífico negocio.



Empece a gritar y a hacer señales.

De allí pasamos a otras islas, traficando en todas ellas.

Cuando desembarqué en Balsora, eran tan grandes las riquezas que traía que ignoraba su verdadero monto. De allí me trasladé a Bagdad donde residía mi familia, y, después de distribuir parte de mis ganancias a los pobres, compré nuevas propiedades y volví a disfrutar del descanso y de los placeres de la vida, contando a mis familiares y amigos las peripecias pasadas.

VIII

La tierra sin viudos

No tardé en emprender mi cuarto viaje.

Esta vez lo inicié por tierra hasta Persia, donde me embarqué en uno de sus puertos. A los pocos

días de navegación naufragamos. Los sobrevivientes fuimos a dar a una isla desconocida.

Estuve caminando siete días. Me alimentaba de cocos y otras frutas que abundaban en la isla. Al octavo llegué a las orillas del mar en un paraje donde vi a varios hombres blancos cosechando clavo de olor, pimienta y otras especias. Les conté lo que me había sucedido, les ayudé en la cosecha y terminada ésta, me llevaron a la isla de donde habían venido y me presentaron a su rey, un viejo patriarcal, el cual me tomó cariño.

Un día me llamó el rey y me habló de esta manera:

—Deseo que te quedes en el país, y el mejor medio para conseguirlo es que te cases con una mujer de esta tierra. Las hay lindas y buenas.

Como le debía tantos favores, no me atreví a negarme, y acepté por esposa a una de las damas más bellas y distinguidas de la corte, la que además era poseedora de una gran cultura y una fortuna extraordinaria.

Un día que fui a visitar a uno de mis amigos, lo encontré sumido en el más profundo dolor debido a la muerte de su esposa, que ya iban a enterrar. Procurando consolarlo, le dije:

—Que Dios te conceda largos años de vida para que puedas llorar a tu mujer.

—¡Pobre de mí! —me contestó—. ¿Cómo podré obtener la gracia que me deseas, si apenas me quedan unas cuantas horas de vida? ¿No sabes que me enterrarán junto con mi esposa?

En el primer momento creí que el dolor de haber perdido a su mujer le había trastornado la razón. Pero no tardé en informarme que, según era



Me presentaron a su rey.

costumbre en el país, el consorte que sobrevivía era enterrado junto con el que había muerto.

No me había repuesto de la sorpresa, cuando llegaron los parientes y amigos que venían al entierro de la muerta y del vivo. El fúnebre cortejo se puso en marcha después de haber amortajado a la mujer con el mejor de sus vestidos, colocando el cadáver en un ataúd descubierto. Nos encaminamos a un cerro en cuya cima había un profundo pozo tapado con una losa. Levantaron ésta, bajaron al fondo el cadáver de la mujer y trajeron otro ataúd en el que había siete panes y una jarra de agua. El viudo se despidió de todos, se colocó en el féretro y fué descendido en el pozo sepulcral en la misma forma con que lo habían hecho con los des-

pojos de su esposa. Volvieron a tapar la sima con la losa y, sin que nadie se mostrase sorprendido ni apenado, emprendieron todos el regreso.

Desde ese día no viví tranquilo. La menor indisposición de mi esposa me llenaba de alarma, presentándome la horrible perspectiva de ser enterrado vivo.

No pasó mucho tiempo sin ver convertidos mis temores en espantosa realidad. Mi esposa enfermó gravemente, y por más esfuerzos que hice para salvarla, no lo conseguí. Vinieron los parientes, hicieron con su cadáver lo mismo que habían hecho con el de la mujer de mi amigo y nos llevaron al cerro de los entierros. Después de haber depositado en la sima el ataúd de mi mujer, me colocaron en el mío, sin atender mis ruegos y protestas, y me bajaron al pozo, tapando la boca del mismo con la gran piedra.

Agarré mis siete panes y la jarra de agua y me aparté todo lo que pude del sitio donde estaban amontonados los muertos. Así fuí prolongando mi agonía durante varios días, hasta que vi abrir la boca del pozo y descolgar primero un muerto y después a un vivo. Armándome de una gruesa tibia y antes de que la persona viva, que era una mujer, hubiera podido salir del cajón, le apliqué varios golpes en la cabeza, con lo que abrevié su agonía. Con los panes y el agua que encontré en su ataúd, pude sostenerme un tiempo, haciendo lo mismo con un hombre que bajó días después y luego con otras personas.

Ya estaba casi acostumbrado a ese género de vida, cuando un día oí un ruido de pisadas y un resuello. Armándome del hueso que me había servido para matar a los enterrados vivos, me dirigí al si-

*—Que Dios te conceda
largos años de vida...*



tio de donde venia el ruido. Confusamente distinguí un bulto que al verme echó a correr delante mío. Lo seguí y a lo lejos divisé un punto luminoso como una estrella, que se iba agrandando a medida que me aproximaba a él. Era la luz del sol que penetraba por la hendidura de una roca que estaba a la orilla del mar en una playa desierta. Este descubrimiento, producido seguramente por un animal que vendría a buscar su sustento entre los cadáveres, me devolvió la esperanza. Pasé por la abertura y me prosterné en tierra para dar gracias a Dios. Luego volví al subterráneo de los difuntos y recogí a tientas cuantas joyas se pusieron al alcance de mi mano, y con las vestiduras que encontré hice varios atados que fuí trasladando a la playa junto con los panes y el agua que había juntado. Allí pasé varios días hasta que divisé un navío que navegaba a lo largo de la costa, cuyo capitán, habiendo visto mis señales, me mandó un bote y pude llegar a bordo.

Fuí bien recibido y en todos los puertos que abor-
damos trafiqué con las alhajas que había conse-
guido y realicé cuantiosos beneficios, hasta llegar
a Balsora, de donde me trasladé a Bagdad.

IX

La venganza de los rocs

Tres meses después emprendí mi quinto viaje
en un navío propio cargado con valiosas mercan-
cías y algunos animosos pasajeros.

Después de varios días de navegación, atracamos en una isla desierta para refrescar la aguada, y mientras la tripulación se ocupaba en dicha tarea, bajé a tierra con algunos de los hombres que me acompañaban.

Internándonos un poco, encontramos un huevo de roc igual al que yo había visto en uno de mis viajes anteriores, pero con el pollo que ya asomaba por una hendidura que había hecho en el cascarón. Desoyendo mis explicaciones y consejos, los pasajeros rompieron a hachazos el huevo, mataron el pollo, lo asaron y nos lo comimos. Al poco rato aparecieron en el horizonte dos grandes nubarrones que oscurecieron la luz del sol, y al llegar al sitio en que nos encontrábamos, vimos que eran los padres del pichón. Estos, al ver lo que había ocurrido, empezaron a dar espantosos graznidos, después de lo cual se retiraron.

Nos embarcamos en seguida y empezamos a navegar, pero no tardamos en volver a ver a las dos aves, cada una de las cuales traía en sus garras un peñasco enorme. Dirigieron su vuelo sobre nuestro navío y, cerniéndose perpendicularmente sobre



Y en todos los puertos que abordamos...

él, una largó su carga, la cual vino a caer cerca del buque, gracias al viraje dado por el piloto. Fué tan grande la sacudida recibida con la montaña de agua y de espuma provocada por el choque de la mole, que el piloto perdió momentáneamente el gobierno de la nave y el segundo peñasco, que el otro roc dejó escapar, cayó en mitad del buque, partiéndolo en dos y haciéndolo zozobrar.

Estuve flotando asido a un madero durante dos días. Cuando ya me faltaban las fuerzas, acertó a pasar cerca de mí una embarcación que me recogió.

X

La playa de la muerte

No tardé en emprender mi sexto viaje. Esta vez lo inicié por tierra, recorriendo parte de Persia y de la India en uno de cuyos puertos me embarqué en un navío que iba a realizar una larga navegación. Y no solamente fué larga sino también desastrosa, pues a los pocos meses, después de soportar una gran tormenta, nos encontramos sin rumbo,

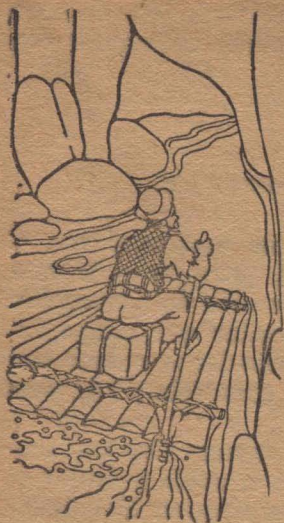
hasta que el barco fué a estrellarse contra las rocas de una isla. Allí vimos con terror infinidad de huesos humanos esparcidos por la playa y gran cantidad de cajones y fardos llenos de mercadería. A nuestro frente había una montaña de granito cortada a pico, de una altura extraordinaria e inaccesible. Un torrente caía con estruendo sobre la playa y, convertido en caudaloso río, en vez de ir a desembocar en el mar, volvía a entrar en la tierra por una enorme cavidad subterránea.

Después de habernos hecho cargo de nuestra situación, distribuimos los víveres en partes iguales. A medida que se terminaron, se fueron muriendo mis compañeros, siendo sepultados por los sobrevivientes. Yo tuve el dolor de enterrar el último que quedaba.

XI

El país de los negros buenos

Solo y convencido de que no podría salvarme por mar, ya que ningún navío podía abordar sin peligro semejantes parajes, empecé a cavar mi fosa con el propósito de tenderme en ella cuando hubiese comido mi último bocado, a fin de no quedar completamente insepulto, ya que no habría nadie que enterrase mi cuerpo. Estaba ocupado en ese trabajo, cuando Dios me inspiró la idea de examinar con mayor atención el río que desaparecía por la boca subterránea de la montaña. Descontando que sus aguas debían ir necesariamente a salir por alguna otra parte, construí una balsa, elegí las mejores mercaderías, con las que hice unos fardos que sujeté fuertemente a la embarcación, y colo-



*Cuatro días anduve
arrastrado por el río...*

cándome en medio de ella, me entregué a la corriente de las aguas, introduciéndome por la boca de la caverna. Cuatro días anduve arrastrado por el río sin ver nada, pero al quinto una piedra saliente de la bóveda me golpeó fuertemente en la cabeza, haciéndome perder el sentido. No sé cuanto tiempo duró mi desvanecimiento. Sólo sé que cuando volví en mí me encontré a orillas de un caudaloso río, rodeado de un grupo de negros que me contemplaban con asombro.

—Nada temas —me dijo uno que entendía mi idioma—. Somos agricultores que habitamos en estos campos. Al acercarnos hoy al río hemos visto tu balsa y la hemos amarrado y, creyéndote muerto, te hemos traído a tierra.

El soberano me recibió con afecto y no sólo se

negó a recibir ninguno de los presentes que de buen grado le ofrecí, sino que aumentó mi capital con valiosos obsequios.

XII

En poder de los corsarios

Cuando lo creí prudente, me embarqué con el ánimo de regresar a Bagdad, para no salir más de mi patria; pero a los pocos días de navegación fuimos asaltados por unos piratas que, despojándonos de nuestra ropa y haciéndonos cubrir con otra vieja, nos llevaron a una gran isla y nos vendieron como esclavos.

A mí me compró un mercader muy rico que traficaba en marfil. Me preguntó si sabía manejar el arco y las flechas y si era buen tirador. Habiéndole contestado afirmativamente, me interné con él en un bosque distante algunas leguas.

XIII

La caza de elefantes

Al llegar al interior del bosque, nos apeamos del elefante que nos había llevado y, señalándome un árbol, el mercader me dijo:

—Por aquí pasan muchos elefantes. Súbete a este árbol, y cuando los tengas a tiro dispara tus flechas y mata todos los que puedas. En seguida me vienes a avisar.

Me dejó víveres para algunos días y regresó a la ciudad.

Toda la noche la pasé en acecho desde lo alto



Y, poniéndose al frente de sus compañeros...

del árbol. Al amanecer del día siguiente vi aproximarse una manada de elefantes, y tuve la suerte de matar uno de los más grandes. Los demás huyeron. Fuí a avisar al mercader, y entre los dos enterramos el animal muerto para poder recoger más fácilmente los colmillos una vez realizado el proceso de la putrefacción.

Dos meses y medio pasé en esa tarea. Todos los días mataba uno o dos elefantes. Una mañana vi venir una manada más numerosa que las de costumbre; pero los paquidermos, en lugar de atravesar el bosque como tenían por costumbre, se dirigieron al árbol donde yo estaba, lo rodearon y levantando sus trompas me miraron con ojos enfurecidos. Uno de los animales rodeó el tronco con su

trompa, le pegó una feroz sacudida, lo desarraigó, y el árbol y yo caímos al suelo. El elefante, alargando su trompa, me asió con ella y me colocó sobre su lomo, y, poniéndose al frente de sus compañeros, echó a marchar al trote. Después de caminar todo el día, llegamos a un valle profundo rodeado de altas montañas. Allí se detuvieron los elefantes. El que me llevaba encima me tomó con su trompa y me puso en tierra. Yo creí que iba a aplastarme con sus patas o a atravesarme con sus colmillos; pero no: se retiró; los otros lo siguieron, y me dejaron, sano y salvo.

Cuando a la mañana siguiente me puse a examinar el lugar, vi que era un verdadero cementerio de elefantes, con huesos y colmillos amontonados, desde hacía posiblemente más de un siglo.

Me dirigí a la ciudad, comuniqué el hallazgo a mi amo y fuimos al cementerio de los paquidermos regresando el mismo día con un rico cargamento de marfil.

Desde ese día, haciéndome cambiar de vestidos, me sentó a su mesa y me trató como se trata a un amigo. Cuando llegó la estación de los vientos favorables, el que había sido mi amo hizo cargar por su cuenta un navío con marfil al que añadió otros ricos presentes. Nos despedimos con un fuerte abrazo y yo me hice a la vela. Después de haber hecho escala en diferentes puertos donde vendí o permuté una parte de mi cargamento, desembarqué en Balsora y me trasladé a Bagdad.

Tan pronto llegué, informé al califa que había desempeñado una misión ante el rey de Serendib, le relaté las aventuras en las que había sido principal actor y le ofrecí los mejores colmillos de ele-



Era un verdadero cementerio de elefantes.

fante de mi cargamento. El soberano mandó escribir con caracteres de oro mis aventuras en los anales de su reinado y me hizo un rico presente.

Me consideré bien pagado con los honores y regalos recibidos, y pasé una larga temporada en la capital del reino, frecuentando los más ricos bazares, donde adquirí los objetos más raros, algunos de ellos verdaderas maravillas.

También hice limosna a los necesitados y ayudé con mi dinero a los jóvenes de ánimo emprendedor y de honradez bien probada, muchos de los cuales hoy son inspirados artistas o grandes mercaderes.

Vendí toda la carga, puse en orden mis asuntos e hice el firme propósito de no volver a emprender ningún otro viaje, gozando con tranquilidad hasta el resto de mis días de las riquezas que Dios me ha dado, y haciendo de ellas el mejor uso posible.



Sc
WJ
C-LA
22

